

LA MINGA DEL HOLANDÉS

Sixto Bórquez Bórquez *

La cantidad de yuntas de bueyes y el numeroso grupo de camperos que se calentaban alrededor del fuego, indicaba que ésta era una Minga muy importante, una alegre y patachera minga. Una minga de traslado de casa, típica de las islas de Chiloé.

Varios metros playa arriba, se encontraba la antigua casona. Algunos decían que tenía más de 200 años, otros menos. Todos sí coincidían en que desde la uerte de don Ildefonso, nadie, salvo algunos pájaros, se había aproximado y menos entrado a su interior.

El hombre caminó a su alrededor; “curioso”, –pensó– . Ya que era una mezcla de típica construcción chilota, recubierta de tejuelas de alerce, de muy buena calidad, puerta principal de roble, tallada a mano; construcción sustentada sobre pilares tipo palafito, hacia el lado del mar, pero con algo de ladrillos, cemento y piedras, hacia el lado del cerro.

Esta era la enésima vez que venía a tratar de cambiarla de lugar, pues disponía de un terreno grande, cerca de allí, distante unas diez o doce cuadras, razón por la cual, desde que heredó esa propiedad de su abuelo, había pensado en sacarla de allí, para aprovechar la excelencia de la construcción y para ubicarla en ese terreno cercano. Sin embargo, y sin saber por qué, los intentos siempre terminaban en el más ruidoso fracaso. Animales rebeldes, mal tiempo sorpresivo, imprevistos, etc. Inútiles habían sido las tiradas con diferentes yuntas e incluso con tractores, pues hasta éstos habían fallado.

Ahora “mataría el chuncho” y también las supersticiosas creencias de los lugareños que decían “que el lugar estaba maldito y que bajo las piedras de la casa vivía el malo”.

“Don Hernán” –la voz del Rigoberto, antiguo campero del lugar, lo sacó de sus cavilaciones– “parece que no va a poder ser”, le indicó hacia la casa.

“Ahora que está todo suelto y con el otro patín que le pusimos atrás, más harta grasa ... ya pegamos una tirada...”.

“¿Y...?”.

“Fue antes que usted llegara, pero las bestias no quisieron nada. Ahora si usted se fija ... están inquietas, tal como la otra vez...”.

Con las palabras del campero recordó que hacía un mes habían tratado de mover la casa con varias yuntas de bueyes, pero al final todo había sido en vano y terminado en un desastre, pues los animales no hicieron esfuerzo alguno y cuando los urgieron a través de salmodias, primero, y de picanas, después, empezaron a bufar como asustados, e incluso una de las yuntas escapó, capturándola unos metros más allá.

“¿Qué piensa que puede ser? ¿Esperamos un rato?” La voz insistente de Rigoberto lo hizo mirar hacia la casa.

“A ver ... mejor descansemos un momento y tranquilicemos a las bestias, a lo mejor es el ruido del mar”.

Miró el mar que empezaba a recogerse.

“A lo mejor es donde estamos con plea ... ¡sí, eso es...! Las otras veces no consideramos eso y el ruido las asusta. Esperemos que baje un poco la marea. Descansemos ¿te parece?”

“Descansemos...”, eso era lo que había dicho su abuelo, el último dueño de la casona, mientras caminaban por el muelle de Puerto Montt.

Se habían sentado en un escaño a mirar hacia el mar y el anciano le había contado algo sobre la historia de la construcción.

“Cuando yo era joven aún...” –había sonreído– “fue un año o dos después de la Revolución de 1891. Vivía cerca de nuestra casa una anciana alacalufe. Algunos decían que tenía más de 110 años, otros, los más conservadores, que sólo tenía 100. Sin embargo, un día mientras salíamos a caminar con un amigo, la pasé a saludar y ella en su mezcla de castellano y lengua aborigen, difícil de entender por su falta de dientes, me contó que la tradición transmitida en su familia decía que hacía como seis generaciones, en pleno invierno y en vísperas de san Juan, seis años antes del gran resplandor del cielo, había llegado un velero de los que permanecían en ese lugar, tripulado por hombres rubios y barbudos, que hablaban un lenguaje diferente a los huincas, y a quienes los indígenas los llamaban “kalteche”. “Esto –había continuado el abuelo– me hizo consultar al cura rector del colegio y él supuso que eran nórdicos... a lo mejor corsarios holandeses, pues hicieron varias incursiones por allá por el 1600 más o menos. Averiguó el sacerdote que por esa época estuvo el almirante Simón de Cordes y su hermano Baltasar, corsarios que trataban de asolar las costas de nuestro país y causar el máximo de daño a España. Hicieron muchas barbaridades en Chiloé. A lo mejor fueron hombres de los Cordes, pues en esas lenguas, kalte significa *hielo*, y che, en huilliche, es *gente*. A lo mejor los indios veían esos veleros con hielo en la arboladura y por todos lados. Indicaban esto a los marinos y ellos contestaban ... kalte”.

“Los aborígenes relacionaban *kalte* y *che*, o sea “gente del hielo” ... ¿me entiendes? Así los llamaban por sus naves, por su apariencia y por lo que narraban. Quizás de allí viene lo de Kalteche o Caleuche. Ahora lo del gran resplandor...”. El anciano se había quedado callado.

“Sigamos ... sigamos...”.

“Sigamos don Hernán... la marea ha bajado bastante, no se siente el ruido del mar, las yuntas están en línea y calmadas, así es que podemos pegar otra tiradita”.

Rigoberto, con su fuerte voz, le hizo recordar para qué estaban allí.

“Bueno ¡aremos, dijo la mosca, y se paró en un cacho del buey! ... ¡Ya Rigo... vamos!”, y levantándose del tronco donde estaba, dejó el tazón aún humeante, se estiró el poncho y subió por la escalera de la casona.

¡Yaa ... huifa! ¡Anda Clavel, anda Campana ... si no es hoy, será mañana! Facundo, el dueño de la yunta guía, cantaba su salmodia, al tiempo que picaneaba suavemente a los animales. Éstos, el pecho erguido y lleno de nervios, tensaban y tensaban la maniobra. Todas las yuntas empezaron a tirar.

Sin embargo, casi al instante, se sintió como un temblor. Uno del bueyes de la segunda yunta, sa salió del yugo y empezó a saltar como asustado y con los ojos despavoridos. Las otras reses lo imitaron y empezaron a saltar como si estuvieran sometidos a descargas eléctricas.

Rigo lo miró queriendo preguntarle ¿qué haremos ahora?

“¡Crestas! ... ¿Qué pasa?

Todo se había detenido y la gente, sin voz de mando, estaba retirando sus animales.

Nadie lo pudo explicar, pero los hombres no quisieron seguir trabajando y menos “arriesgar sus bestias”, según dijeron.

De todas maneras, como era una “minga”, o sea una faena comunitaria y retribuida con un patache, había que cumplir, así es que rápidamente empezaron a hacer fuego en ese lugar para asar los corderos y un rápido jinete fue a avisar a las mujeres que estaban en el otro sitio, para que se vinieran con el resto del comistrajo.

“Habrá que hacer un sahumero, jefe ...”. Rigoberto siempre tenía razón.

El abuelo, allá en Puerto Montt, había seguido su relato con otras cosas dichas por la india.

“Sí, joven Ildefonso -la mujer lo había mirado- hay que hacer un sahumero aquí, porque yo sé que un 23 de junio, hace muchísimos años, del velero de los Kalteches, salió una embarcación la que fue varada y desde su interior los demonios rubios sacaron una enorme caja, como de ataúd, y mientras algunos cavaban más arriba, otros arrastraban la caja hacia ese lugar. Todo esto, según mis antepasados, fue seis años antes del gran resplandor en el cielo”.

De acuerdo al relato de la mujer, los marinos habían trabajado toda la noche, amontonando piedras y ladrillos encima del hoyo, hasta que cubrieron el ataúd. Después habían puesto una enorme piedra con una inscripción. Al terminar, el más anciano de los marinos dijo una especie de oración. Luego todos escupieron encima de la lápida. Finalmente se embarcaron. Al día siguiente ... ni rastros del barco.

El abuelo había proseguido y entusiasmado con lo dicho por la india, había empezado a investigar en Puerto Montt.

“Por lo que he podido averiguar después, creo que allí enterraron a un famoso marino holandés, el que sólo podría descansar para siempre si era enterrado en una noche de vísperas de san Juan”.

Don Ildefonso también había encontrado la lápida y copiado lo que aún quedaba escrito en ella. Sus amigos de Puerto Varas la habían traducido. Decía cosas incoherentes, pues el tiempo y la lluvia habían gastado la piedra en algunas partes. La traducción decía más o menos: “Aquí yace el blasfemo Johanes van Stratten, quien desafió a Dios y salió a navegar un Viernes Santo ... fue maldecido ... y es maldito ... en el año del Señor ...” Nada más.

El anciano lo había mirado socarronamente y luego había concluido: “Eso es todo lo que sé. Lo del resplandor puede que sea algún cometa. La casa parece estar como anclada allí. Nadie sabe cuándo, ni por quién fue construida”. Eso había sido todo el relato de su abuelo.

El joven había investigado y comprobado que por allá por 1607, había pasado el cometa Halley, cerca de la tierra. Los corsarios habían estado presente desde 1600 y 1601. Curiosa historia y curiosa coincidencia. ¿Sería verdad?

La minga había fracasado, pero no así el patache.

La oscuridad ya se venía encima. La gente satisfecha de tanto comer y beber, empezaba a marcharse.

La vieja Canora había hecho un sahumero dentro y fuera de la casa y ahora, al despedirse, le dijo: “Listo don Hernán ... la casa está limpiecita de todo. Le puse ramas de canelo y cruces de palqui. Ahora puede dormir aquí. Pero esta casa no la saca “nica nica” de este lugar ...” dándole un apretado abrazo con olor a cordero y humo, se marchó con su prole.

“Bueno, pues jefe ... yo también me voy ...” Rigoberto lo miraba con una sonrisa en los ojos. “En mi casa le tenían puesta una cama, pero como usted dormirá aquí ...”.

Hernán hizo un gesto y entrando, recorrió la casa. Mientras caminaba, recordó lo que él, personalmente, había averiguado ...

Van Stratten era, o se suponía, que era el famoso “Holandés Errante” ... maldecido por blasfemo. El pelo se le erizó. Pensó también en el famoso “resplandor en el cielo”. La casa, enfriándose, crujió.

El cometa Halley había pasado cerca de la tierra por allá por el 1606. Los corsarios habían estado en el Sur alrededor del 1600. Seis años antes del resplandor. Era lo que había dicho la alacalufe. Otro crujido.

Holandeses ... entierro ... frío ... ¿Kalteche ... o Caleuche?

El frío, dentro de la casa, aumentó o eso creyó él.

Hernán apagó los chonchones, las velas y poniendo el candado en la puerta, salió rápidamente para alcanzar al campero y su familia.

“En realidad la casa está muy fría ... Mejor duermo con ustedes”.

* * *

* Capitán de Navío. Ingeniero Naval Mecánico.